



III.

EN LA MUERTE

DEL

EXCMO. SR. D. JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA,
DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEJICANA.

No me alejéis de la bendita losa
Con que la tumba del querido hermano
Cerró nuestra Academia lacrimosa.
Aunque no puede ya mi débil mano
Grabar el epitafio de adamante
Que merece el insigne ciudadano,
Ni mi cansada voz deja que cante
Al que en la humana ciencia fué portento
Y en la divina caridad gigante,
Para abrazar aún me sobra aliento
La angusta cruz, que nuestra fe revela
Y corona el marmóreo monumento;
Y las noches pasando en dulce vela,
Hacerme guardador de su memoria
Y de su honor perpetuo centinela;

Y á quien pretenda mancillar su gloria
Ahuyentaré del caro mausoleo,
Armado con la Biblia y con la Historia.—

Aun me parece que al patricio veo
En la tierra cumpliendo los mandatos
Que en el Volumen Inspirado leo,
Y lejos de la turba de insensatos
Sus pasos ordenar eternamente,
Útiles al mortal, al cielo gratos.

«El rico poseedor y el indigente
Se han menester (nos dice la Escritura),
Y se hallarán el uno al otro enfrente.

»Entrambos son del Creador hechura;
¡Ay del que al pobre su jornal retenga,
Ó le atormente con vedada usura!

»Tamaño crimen justiciero venga
El brazo del Señor. Para el mendigo,
Feliz quien su morada abierta tenga.»

¡Oh de los pobres cariñoso amigo!
De que tan bellas máximas seguiste
Catorce lustros, ¿quién no fué testigo?

¿Quién no te vió las lágrimas del triste
Secar, con la bondad fascinadora
Á que el pecho más duro no resiste?

Del enfermo endulzó la postrer hora
Mil veces tu piedad, ó de la muerte
Detuvo la guadaña destructora.

Amargo lloro en tus haciendas vierte
De siervos la incontable muchedumbre
Que en hijos de adopción tu amor convierte.

Te lloran mil hogares, cuya lumbre
Encendiste, trocando en alegría
Del huérfano infeliz la pesadumbre.

Gime la aristocracia, y tu hidalguía
Proclamando á la faz del Nuevo Mundo,
Encomia tu gentil sabiduría.

Que del vicio al embate furibundo
Supiste resistir, y á la opulencia
Unir, cual Salomón, saber profundo;
Y la docta Madrid premió tu ciencia,
Y á París asombró tu alta doctrina,
Y á Londres de tu ingenio la potencia.

La patria ante tu féretro se inclina;
Y si vivo te honró, muerto te adora
Y tu noble misión llama divina.

Divina, sí; tu voz, atronadora
Como la de Ezequiel, de abandonadas
Tumbas, cuyo lugar el vulgo ignora,
Llamó las osamentas descarnadas
De apóstoles sin par, que á ignotas gentes
Cultura y fe trajeron adunadas.

Juntáronse los huesos obedientes,
De carne revistiéronse y tendones,
Y espíritu vital bañó sus frentes.

Merced á ti, la nuestra y las naciones
Extrañas, admirar pueden hoy día
Á aquellos evangélicos varones.

Y reviven el gran Motolinía,
Los dos Martines, el sagaz Mendieta,
Gante, Sahagún, Guadalcanal, García.—

Á contarlos renuncio. Tanto atleta
 Sólo él pudo evocar. ¡Almas augustas!
 Al túmulo llegad de Icazbalceta.
 En las solemnes literarias justas
 Que hacemos en su honor, á nuestro coro
 Las voces vuestras únense robustas.
 Con su péñola os dió lustre y decoro,
 Y del profundo seno del olvido
 Sacó de vuestros libros el tesoro.
 De gratitud un cántico os convido
 Á mezclar á las notas funerales
 Que entona nuestro labio agradecido.
 ¡Venid, venid, figuras colosales!
 No temáis que á la espléndida asamblea
 Espanten vuestros rústicos sayales.
 ¡Mil veces salve, sombra gigantea
 Del primer Arzobispo mejicano!
 Tu grave rostro déjame que vea.
 Permíteme besar tu digna mano;
 Deja que escuche el varonil acento
 Que domó al español, ganó al indiano.
 ¡Miradlo! Ya se acerca al monumento,
 Y apoyado en el báculo argentino,
 Prorrumpe en este fúnebre lamento:
 «Reposa en paz, ingenio peregrino,
 Vástago y prez del ínclito linaje
 Que á la India Occidental conmigo vino.
 »Cultor feliz del español lenguaje,
 Continuator de mi obra en este suelo
 Á que la luz del Evangelio traje,

»Y el arte de la estampa, don del cielo
 Que las tinieblas del error ahuyenta
 Y del alma inmortal dirige el vuelo.
 »Tres centurias después, no tuvo á afrenta
 El trabajar tu mano delicada
 En la que yo introduje, útil imprenta.
 »Del cieno en que yaciera degradada
 Tú la sacaste, y pregonar le hiciste
 Esa verdad que al mundo desagrada:
 »Alma verdad, á que el furor resiste
 De la calumnia vil y la mentira
 Que al más santo varón aleve embiste.
 »Yo su víctima fuí; ni aun en la pira
 Disfrutar me dejaron el reposo
 A que el Pastor desengañado aspira;
 »Y me pintaron torpe y rencoroso,
 Esclavizado á fanatismo ciego,
 Y crédulo á la par que sedicioso.
 »Mi campeón te declaraste luego,
 Mostrando que ni histórica pintura,
 Ni estatua, ni papel arrojé al fuego.
 »Que por mí floreció la arquitectura
 Y enseñé al mejicano artes y oficios,
 Y le di ciencia, letras y cultura.
 »Que á mi pueblo colmé de beneficios,
 Y la santa seráfica pobreza
 Único premio fué de mis servicios.
 »Lo proclamaste tú, con fortaleza
 Digna del prócer y del sabio digna,
 Y el rayo hirió tu impávida cabeza.

»La ingratitude te persiguió maligna;
Y la envidia cruel, que todo empece,
Lugar de oprobio junto á mí te asigna.

»Mas el divino Juez, justo te ofrece
La corona debida al que constante
Por la verdad, persecución padece.

»Al cielo suba tu ánima triunfante,
Mientras el cuerpo aguarda adormecido
De la resurrección el dulce instante.»—

¡Gracias sin fin, Zumárraga querido!
¿Cómo pagarte las dichosas nuevas
Que tu labio inmortal nos ha traído?—
Feliz quien de su amor osó dar pruebas

A aquellos religiosos zapadores
Que rompieron de Méjico las glebas,
Y, sordo á vituperios y á loores,

Supo guardar incólume la fama
Del primero y mayor de sus Pastores.

Yo la de él guardaré, mientras la llama
Vital me anime, y le daré mi llanto;
Y si algún necio su sepulcro infama,
Lo cubrirá mi prelaticio manto.

1895.



LIBRO TERCERO.

—
FIESCO.